

XXXVIII

“Que en su gran dignación ha permitido
Que por tu humilde siervo aquí postrado,
A tu querer altísimo rendido,
De tu augusta grandeza anonadado,
Sea de humanos seres conocido
Y por humanos seres predicado
En estas selvas vírgenes del mundo
Ocultas en el Piélago profundo.”

XXXIX

La devota oración llevada al cielo
Fué por Gabriel que siente sus delicias
Acrecer con el don que el nuevo suelo
Ofrece á su Señor como primicias;
Y de sus tronos, con el doble anhelo,
Descienden las angélicas milicias,
De ver al compañero, ha tiempo ausente,
Y admirar el magnífico presente.

• XL

El religioso voto satisfecho,
El Virrey ya efectivo, en homenaje
Al Dios que por los hombres hombre se ha hecho,
Impone á la isla, al parecer salvaje,
“San Salvador” por nombre. De derecho
Tocan al Verbo, inspirador del viaje,
La gloria y el honor pues todo lo hizo,
De la primera tierra en el bautizo.

XLI

Luego el acero con presteza rara
Desenvaina, y tras él los distinguidos
Capitanes; y en voz solemne y clara,
A que responden ecos repetidos
En apartados términos, declara
Que de aquesos desiertos escondidos
Hoy toma posesión en su persona
De Castilla la ínclita Corona.

XLII

Mientras á su orden el real Notario
Hace constar el hecho, se entretiene
En recorrer el bosque solitario.
A cada paso á sorprenderlo viene
De natura prodigio extraordinario,
De que la ciencia explicación no tiene;
Y aprende allí entre tantas maravilas
Que la ciencia aun no deja las mantillas.

XLIII

Verbas desconocidas, corpulentos
Arboles cual la ceiba y la *parota*;
Pintadas flores de índicos alientos
Y de colores en que el sol agota
Sus tonos, y la luz sus ornamentos;
Músicas de que es himno cada nota
Que retiñe de oro en la garganta
De multitud alígera que canta.

XLIV

Esto oye y ve, cuando su vista ofusca
 Grande tropa de míseros humanos,
 Rico tesoro que anhelante busca.
 Habitadores son y soberanos
 De esas comarcas que, al mirar corusca
 La flota ya abordando, entre bananos
 Van á ocultar su miedo á colosales
 Monstruos de mar ó seres celestiales.

XLV

Así se los figuran; mas notando
 Signos ciertos de amor y musedumbre
 De Colón en el rostro venerando,
 Y algo de llamativa dulcedumbre
 En los que forman su pequeño bando,
 Ensaya la medrosa muchedumbre
 Póco á poco acercarse, hasta que toca
 La fimbria de sus mantos con la boca.

XLVI

Y siendo favorable la acogida,
 Se atreven á sus carnes todos ellos,
 Y á la sedosa barba en dos partida,
 En que han creído ver como destellos
 De superior prosapia esclarecida.
 Sienten ventura en abatir los cuellos
 Al nivel de sus plantas, pues sencillos
 Juzgan que dioses son ó sus caudillos.

XLVII

No obstante, son gallardos: de anchas frentes
 Color cobrizo, luenga cabellera,
 Estatura elevada, blancos dientes,
 Grandes ojos pintados por defuera,
 Miradas de soslayo inteligentes,
 Cara lisa, abultada la mollera,
 En el traje del todo descuidados,
 A natura su madre abandonados.

XLVIII

Como santo patriarca de sus nietos
 En viéndose cercado, tanto goza,
 Que para demostrarles sus afetos,
 Se hace niño, y al par de ellos retoza;
 Y pugna por saber sus más secretos
 Deseos, y al saberlos se alborozo;
 Así Colón los trata y acaricia,
 Y para él ser salvaje es hoy delicia.

XLIX

Ve en los más del Señor futuros fieles,
 Del cielo á los eternos consistorios
 Candidatos ciñendo ya laureles;
 Y observando sus gustos, de abalorios
 Los adorna y sonantes cascabeles
 Y dijés, por sus precios, irrisorios,
 Mas á que ellos otorgan tal estima
 Que el obsequio encarece y legitima.

L

En tal delicia fuera desventura
Llevar á otros objetos la mirada;
Mas al saber que ya de Cruz figura
Ostenta la haya, á su orden modelada,
Interrumpe su gozo, y se apresura
A otro mayor: el de adorarla alzada
En esos bosques, antes que el camino
Prosiga hasta llegar á su destino.

LI

Será como un altar, un monumento
Que á los pósteros diga que sagrado
Fue el móvil de su hermoso pensamiento,
Y desmienta al filósofo menguado
Que la gloria atribuya del intento,
Contra Dios y sus obras ensañado,
Al ingenio del hombre ó á la ciencia
Convicta de ignorancia y de insipiente.

LII

De la isla toda y sus errantes greyes
Tomada posesión con las señales
Y en la forma prescrita por las leyes,
Han quedado con títulos reales
Bajo el poder de los hispanos Reyes.
Consten hora los fueros inmortales
Del Verbo que á los Césares domina
Los ensalza y abate y extermina

LIII

Y al templo se dirige donde espera
Con ansiedad el Cielo que una mano
Como la suya limpia, la primera
Sea que muestre, asombro del pagano,
Como objeto de culto y verdadera
Adoración, el signo soberano
De redención, enseña de victoria,
Fuerza del débil y del fuerte gloria.

LIV

Tras él van los sencillos insulares
Formándole cortejo, y la maleza
Segando y los bejucos seculares
Con que en los bosques vírgenes tropieza
Planta no acostumbrada á irregulares
Agrias sendas de rústica aspereza.
¡Cuánto lo aman! ¿Por qué si hasta hoy han visto
A la Paloma que conduce á Cristo?

LV

¡Cuán hermosa! Extendidos sus dos brazos
Se levanta la Cruz á las regiones
Del éter, sin estorbos ni embarazos,
Adornada de ramos y festones,
Y sostenida en su ascensión por lazos
De que tiran perinclitos varones
Que precian más tan dulce ministerio
Que los honores del supremo imperio!

LVI

Como allá en el Calvario derretida
 En amor Magdalena, y con los ojos
 Nublados por el llanto y conmovida,
 Al leño de que aun cuelgan los despojos
 Del Teándrico Cuerpo ya sin vida
 Se abraza, y á pesar de los enojos
 Del sayón, al pie absorta permanece;
 Así Colón, junto á ella desfallece.

LVII

De súbito se yergue, y con tranquila
 Voz que acompaña ejército canoro
 De aves, entona el cántico: *Vexilla
 Regis prodeunt*, respondiendo en coro
 Todos en derredor en doble fila
 Arrodillados con gentil decoro,
 Y su ejemplo imitando los salvajes,
 Toman parte en los raros homenajes.

LVIII

Las sombras de los árboles mayores
 Van siendo cada vez hacia Levante,
 Y es fuerza abandonar los ciclamores
 Y á las naves tornar. El Almirante
 De la isla á los sencillos moradores
 Iba á decir "adios," pero al instante
 Ellos lo entienden, y los más, cosidos
 Al suelo, lanzan tristes alaridos.

LIX

Un grupo nada más, en apariencia
 De jefes, se le acerca; y se ve claro,
 Por el gesto, que grata su presencia
 Les ha sido; mas no oponen reparo
 Ninguno á la justicia de su ausencia.
 Entre flores conducen algo raro:
 Debe ser un obsequio de partida
 O muestra de amistosa despedida.

LX

Llegados á él, en orden sucesivo
 Se inclina cada uno con respeto;
 Y el principal, Guanhani, que en lo altivo,
 Ser parece de fieros Incas nieto,
 Así lo congratula en el nativo
 Lenguaje, que á Colón fuera un secreto,
 Si Gabriel, sin que nada sospechara,
 A tiempo que el Cacique no le hablara.

LXI

"Oh dios, y serlo debes, pues que brillas
 Como los astros, y si no, el primero
 Después de él, que los orbes maravillas
 Como en zenit magnífico lucero;
 Si tu grandeza en perdonar no humillas,
 A tu esclavo perdona porque artero
 Del bosque huyó á las hoscas soledades,
 Y al encuentro no fué de tus bondades."

LXII

"La honra de tu visita es honra suma,
 Señor. Te vimos, y hemos visto el cielo;
 Tu cetro nos sería blanda pluma
 De colibrí ó condor; mas este suelo
 No se hizo para ti, donde la bruma
 Todo lo tiene sepultado en duelo.
 Parte, Señor; y si en conquistas piensas
 Adelante hallarás islas inmensas."

LXIII

"Sólo te ruego como á sér que goza
 De poderes divinos, que me digas
 ¿Dónde tu campo está, dónde tu choza?
 Suele soplar de razas enemigas
 Aquí el furor que cuanto ve destroza;
 Y entonces, Semidios, tú me bendigas,
 Y con un rayo que á mi aviso vibres
 De susto quedarán mis campos libres."

LXIV

"De este encuentro feliz sobre la tierra
 Para recuerdo mutuo, que á mí ha sido
 Como mirar el mar desde alta sierra
 De perlas y topacios revestido
 Y rubís cuyo centro fuego encierra,
 Estos dones acepta que el subido
 Precio tienen de ser á ti sagrados
 Por amor y respeto aquilatados."

LXV

De sus ojos anúblanse las luces
 Al concluir; le ofrece quitasoles,
 Plumas de colibríes y avestruces,
 Conchas de oriente vario, caracoles,
 Yervas de olor, cortezas de orozuces,
 Piedras de caprichosos tornasoles,
 Y dijés que parecen amuletos,
 De cobre y ónix, en labor perfetos.

LXVI

De entre ellos uno quiere con su mano
 Guanhani colocar del Almirante
 Al cuello, como signo soberano
 De grande distinción; y él en amante
 Correspondencia lo consiente ufano.
 Luego le da las gracias; y al entrante
 Sol apunta de modo que comprenda
 Que honrará, de allí vuelto, su vivienda.

LXVII

Y como preocupado ha su mente
 Del salvaje la idea peregrina
 De poner á su cuello por pendiente
 El dije aquel, lo toma y lo examina;
 Y cierto de que es oro reluciente,
 Su apacible semblante se ilumina,
 Y exclama así: "Partamos ya, partamos;
 Un instante de tiempo no perdamos."

LXVIII

"Por las palabras del Cacique sabio
He podido entender—aunque noticia
No tenga del tesoro de su labio—
Que muy cerca el Océano acaricia
Islas inmensas, placentero agravio
Del Continente para mí delicia;
Así que no persigo vana sombra,
Habiendo quien realidad la nombra."

LXIX

"Mas aún, entendí que en el distrito
De esas islas inmensas hay millones
De almas que bajo el lábaro bendito
No viven de la Cruz, sino que dones
Ofrecen, que reclama el Infinito,
Al Dragón infernal. ¿De qué blasones
No será digno el que sus puertas abra
Un día á la evangélica palabra?"

LXX

"Y el dije de Guanhani en gozo inmenso
Me inundó, porque claro me revela
Que en ese territorio tan extenso
Yace ó rueda el metal que trae en vela
Al mundo; y es en alguien, según pienso,
Hoy de codicia generosa espuela:
El oro, el oro vil que, á empresa santa
Sirviendo, se ennoblece y abrillanta."

LXXI

"A tanta luz alcanzo que es preciso
Si no el pie, cuando menos la mirada
Poner en ese nuevo paraíso;
Y ciertos de verdad tan disputada,
Tornar á España con el fausto aviso,
Y reforzar allí la corta armada,
Y embarcar misioneros, si aventura
No ha de ser este viaje, ni locura."

LXXII

"Con tan escasa hueste es imposible
Vencedores entrar á un Continente
Que será como fábrica, en terrible,
Ebullición, de ejércitos de gente
Engendradora, en ánimo invencible,
Aunque en cultura bárbara. Es prudente
No exponerse á ser víctimas sin gloria
Y aplazar á más tarde la victoria."

LXXIII

"Allí donde encontremos un desierto
O pobladores que nos rindan culto,
Haremos de las playas fácil puerto.
Importa dar con el tesoro oculto
Para llevar á España signo cierto
De su riqueza, una razón de bulto
Que en el más tibio el entusiasmo encienda;
Y así segunda expedición se emprenda."

LXXIV

“Porque agotado el público Tesoro
 Quedó, no hay que olvidarlo, con la guerra
 Heroica sostenida contra el moro;
 Y así intentar la expedición encierra
 Dificultad, que sólo con el oro
 Puede allanarse, de la nueva tierra,
 En donde me parece que el martillo
 No hiere el yunque, ni el crisol da brillo.”

LXXV

“No en armas ni en alientos poderosas
 Todas las islas han de ser; algunas
 Abordaremos tímidas, medrosas,
 O que nos crean en divinas cunas
 Mecidos, de regiones misteriosas
 Soles vivientes ó animadas lunas;
 Y allí abalorios, y otras vanidades
 Trocaremos por aéreas deidades.”

LXXVI

“El oro va á servir á la alta empresa,
 Y servirá mejor al pensamiento
 Que mi cerebro de abrasar no cesa
 De su almo sér desde el primer momento.
 ¡Con oro....—imaginarlo me embelesa—
 Pongo al mundo cristiano en movimiento;
 Voy á Salem con él; venzo y conquisto
 El sepulcro inmortal de Jesucristo!”

LXXVII

“¡Eal volad á las queridas naves
 Que extrañan vuestro gozo, como al nido,
 A la puesta del sol vuelan las aves;
 El viento marca el rumbo apetecido
 Con blandos soplos y fragancias suaves,
 Y á poco encontrareis el escondido
 Tesoro que al Ocaso la mar baña,
 Y jubilosos tornareis á España.”

LXXVIII

Apenas habló así, quedan cumplidas
 Sus órdenes, que ya nadie disputa.
 Los nautas, con las almas hora henchidas
 Del placer, que tan sólo se disfruta
 Del cielo en las moradas bendecidas,
 Avidos toman hoy la occídua ruta
 En el abismo atlántico, asombrado
 De verse por tal corte visitado.

LXXIX

Los siguen cien regnícolas dolientes
 En veloces piraguas largo trecho;
 Y Colón calculando que esas gentes
 Más tarde pueden serle de provecho,
 A su nave á los más inteligentes
 Hace subir, con gozo de su pecho
 Que en gestos muestran, único lenguaje
 Común al hombre culto y al salvaje,

LXXX

Aborden, pues, las ya vecinas playas;
 Atónitos contemplen la hermosura
 Del poblado jardín de las Lucayas;
 De sus auras respiren la frescura,
 A la sombra dormiten de su hayas,
 Y hallen lo que existir les asegura
 Allí—y salva la empresa—el Almirante,
 Y á Iberia tornen ya, con él triunfante.

LXXXI

En tanto, ¡Musa, tú! no pierdas punto
 De la épica, admirable travesía,
 Que próspera será, según barrunto.
 Del poeta ha gastado la energía
 Lo sublime, lo nuevo del asunto;
 Y aspira á descansar hasta que el día
 Alumbra en que Fernando é Isabela
 Honren á quien un mundo les revela.

FIN DE LA PRIMERA PARTE DEL POEMA.

FE DE ERRATAS.

Pág. 13	línea 12	dice: aquellas; léase: aquella.
" 35	" 14	" En virtud. Clara; léase: En virtud; clara.
" 55	" 21	" Reina; léase: Reina.
" 57	" 1	" aliados; léase: alistados.
" 62	" 13	" pelásgicas; léase: pelásgicas.
" 64	" 16	" Por salvar almas, mundos; léase: Mundos por salvar almas.
" 73	" 5	" Los reyes lo creen entonces; léase: Los reyes todos lo reputan &.
" 74	" 13	" y de adrede; léase: y adrede,
" 76	" 22	" muestra? léase: nuestra?
" 77	" 15	" no léjos; léase: cercano
" "	" 24	" Infausta nueva de suceso grave. léase: ¿infausta nueva de suceso grave?